

IGNACIO

Echevarría

UNA VOCACIÓN DE EDITOR

UN ACERCAMIENTO PERSONAL
A LA FIGURA Y LA LABOR EDITORIAL
DE CLAUDIO LÓPEZ LAMADRID —
LECTOR Y PRESCRIPTOR ENTRE DOS SIGLOS

PRÓLOGO DE EMILIANO MONGE

gris tormenta

IGNACIO ECHEVARRÍA

(Barcelona, 1960) es editor, articulista y crítico literario. Ha colaborado en diversos espacios editoriales de periodismo cultural en España, como *Babelia*, el suplemento de *El País*; «Mínima molestia», una columna sobre edición y literatura en el semanario *El Cultural de El Mundo*; y la sección «El Ministerio» de la revista digital *crxt*. Su oficio de editor comenzó en la editorial Tusquets, en los ochenta, donde trabajó con Claudio López Lamadrid —una amistad que rememora en este ensayo. También ha editado libros para Círculo de Lectores y Galaxia Gutenberg. Entre la reflexión, el afecto y la admiración, Echevarría evoca aquí la figura de uno de los editores más influyentes de la literatura hispanoamericana contemporánea, mientras disecciona —con ayuda de la memoria y la crítica incisiva— el papel del editor y su rigor en el mundo editorial.

EMILIANO MONGE

(Ciudad de México, 1978) es escritor y editor. Su prosa ahonda en la violencia como personaje, los paisajes errantes y los sucesos brutales, con una especial atención al estilo, en el que destacan el ritmo y la oralidad. Claudio López Lamadrid editó sus últimos cuatro libros: *El cielo árido*, *Las tierras arrasadas*, *La superficie más honda* y *No contar todo*.

Una vocación de editor

Una vocación de editor

*Un acercamiento personal a la figura y la labor
editorial de Claudio López Lamadrid*

Ignacio Echevarría

colección editor

gris tormenta

Presentación

9

Prólogo

11

Una vocación de editor

29

Semblanzas

127

PRESENTACIÓN

La colección Editor

En el universo de los objetos con los que nos relacionamos todos los días, el libro es quizá el más complejo de todos. Sencillo a simple vista, es tal vez el que más particularidades e idiosincrasias contiene, el que más historias encierra. Aunque parezca el resultado de un pensamiento claro y directo, la genealogía inmediata de cualquier título revela que es más bien azaroso, nunca proveniente de un camino lineal. La colección Editor intenta mostrar ese largo e inesperado proceso que existe antes de que un libro sea abierto por un lector: una exploración literaria desde la curiosidad.

A través de testimonios en primera persona, esta colección de libros dedicados a los diferentes oficios de la edición propone reflexiones sobre una industria que no suele contemplarse a sí misma muy a menudo. En un presente en donde cualquier persona puede escribir y publicar en el vacío, sin necesidad de editores ni lectores, esta colección propone discusiones en la dirección opuesta: ¿cuáles son los conceptos centrales que se ponderan en los debates editoriales más complejos; las dudas y las certezas; las sutilezas del proceso creativo, esenciales y distintas para cada escritor?

Los autores de los textos que forman la colección reflexionan y ensayan sobre los procesos editoriales y el pensamiento literario que da vida a cada obra —un ejercicio de análisis esencial y atemporal. De la creación a la edición, de la traducción a la composición, Gris Tormenta tiene un gran interés por esos textos, raros hallazgos e historias originales sobre las grandes ideas que suceden en el *backstage* de la literatura.

PRÓLOGO

Claudio en su burbuja

Para desgracia de Claudio, quien disfrutaba como pocos del tiempo que otros padecemos durante los tránsitos —esto lo cuenta mejor Echevarría en las páginas de este libro—, alguien se había equivocado al comprar nuestros boletos de tren.

Salíamos de Barcelona, poco después de que se publicara mi segunda novela, primera con Claudio como editor. Y aunque compartiríamos agenda en Madrid, nadie —con nadie digo Claudio, obviamente— había dispuesto que lo hiciéramos en el mismo tren, menos en el mismo vagón y aún menos en asientos contiguos.

Y es que a pesar de que el cariño, para entonces, era bastante, y aunque también para entonces nos sabíamos divertir juntos y sabíamos compartir temas profundos y temas profundamente insustanciales, al sentarme vi cómo su rostro se descomponía. «¿Qué haces?», me preguntó arrebatándome el boleto: «este no puede ser tu asiento». La desilusión que lo embargó al descubrir que yo estaba en lo correcto fue profunda. Como profundo fue el silencio en el que nos sumimos inmediatamente después, mientras el vagón se iba llenando y antes de que el tren pusiera en marcha sus ruedas. Él, seguramente, elucubraba qué hacer para desaparecer de ahí y aparecer en otro asiento, mientras que yo, creo recordar, pensaba cómo hacerme invisible para no molestarlo demasiado. Aunque igual pensé otra cosa: «te chingaste, carnalito... vamos a hacer el viaje juntos».

Una hora después, mientras atravesábamos Aragón sin que ninguno hubiera dicho nada, él se había volcado en su Kindle y yo intentaba leer el periódico, removiéndome como gallina

inquieta sobre mi asiento. Claudio mudó de gesto, volteó a verme y rompió el mutismo, con esa forma tan particular que tenía de buscar que la incomodidad que había impuesto al otro fuera otra forma de la incomodidad. «Una vez compartí un vuelo transatlántico con Coetzee y fue terrible», me dijo, consciente de que yo estaba al tanto del cariño y la admiración que profesaba por el escritor sudafricano. Obviamente, aquellas palabras no querían decir nada de mí, menos aún de mi escritura. Eran, tan solo, una muestra de las maneras con las que Claudio solía resolver las incomodidades que su ser más huraño imponía a sus autores, pero también a sus amigos: así entiendo el mundo y así lo habito... que quede claro. Lo que no me queda claro a mí, sin embargo, es si era consciente de que aquellas formas suyas, de que aquellos brochazos de palabras como piedras también transparentaban su forma de querer, que pocas veces necesitó de abrazos y demás parafernalias del cuerpo.

«Qué inmenso escritor, Coetzee», creo que dije, a pesar de que sabía que mis palabras no

hallarían respuesta, y que él, seguramente, habría vuelto a su Kindle (Claudio fue un entusiasta de los soportes digitales —lo cuenta también Echevarría en estas páginas— como lo fue de todo aquello que conjugara la palabra *literatura* con la palabra *futuro*). Había hablado mi ansiedad, antes que mi boca. Y cuando mi boca se cerró, quedaba mi ansiedad: agarrando la servilleta que tenía delante, aseveré: «Qué espanto».

«Qué pinche combinación más pinche de colores... ¿no?», solté sin tener claro por qué ni para qué estaba diciendo aquello. Claudio, entonces, resopló, volteó de nuevo a verme, me arrebató la servilleta, se levantó de su asiento, aseveró que a él sí le gustaban esos dos colores, añadió que iría por un café y se marchó apresurado, guardando el equilibrio en el pasillo del vagón de nuestro tren.

Por supuesto, no volvió a su asiento hasta que la voz que escupían las bocinas anunció que Atocha estaba cerca. Y aunque durante aquel par de horas en las que él estuvo ausente también quise ir por un café, no lo hice por

temor a encontrarlo y destruir de nueva cuenta su burbuja. O por temor a no encontrarlo y destruir aquella que era nuestra.

Así eran las cosas con Claudio, con el Claudio editor: en su oficina, en una feria, en una cena de trabajo o discutiendo un manuscrito te compartía su burbuja. En cualquier otra situación, quedabas fuera: era tan celoso de su pedazo de planeta como entregado.

Tiene razón Echevarría: como el de ningún otro editor, el trabajo de Claudio estuvo siempre determinado por los rasgos de su personalidad. Una personalidad para la que, por otra parte, dejar claro cuáles eran los límites entre el trabajo y la amistad siempre fue tan esencial como complejo.

Y es que la única manera de volver a compartir con Claudio su burbuja, cuando el trabajo había terminado y uno no estaba estorbándole a sus tránsitos, era renunciar a cualquier forma de lo profesional.

Colaborador o cómplice, socio o carnal, coadjutor o hermano: en su burbuja se entra solemnemente serio o muerto de la risa.

Me atrevo a escribir esto porque mi relación con Claudio, por suerte para mi vida y mi memoria, fue mucho más larga, mucho más amplia y mucho más densa que la de un escritor con su editor.

Lo conocí siendo su empleado indirecto, cuando entré a trabajar como editor júnior en Random House Mondadori México: primero, por correo, luego, por teléfono, y tiempo después, en persona, durante uno de esos consejos editoriales que resume bien el autor de este libro: útiles, ante todo, para perder horas de trabajo.

Aquel día, tras la reunión en la que lo vi gruñir por primera vez, y en la cual, también por vez primera, coincidimos defendiendo de manera intransigente la obra de McCarthy, los editores fuimos a comer. De camino al restaurante, entonces, lo vi rugir de nuevo y transformarse en energúmeno: Cristóbal Pera, amigo suyo y por entonces director editorial del grupo en México, había reservado en un restaurante español.

Tras guardar silencio las últimas dos cua-

dras, enfurruñado, Claudio volvió a estallar a unos metros de la puerta: «¡Vengo llegando a México y quieres que coma croquetas!». Para evitar que aquel conflicto siguiera escalando —aunque ahora pienso que quizá fuera para no morir de la risa—, propuse ir a una taquería cercana. Por eso, por haber elegido aquella otra opción, entré confiado en el local, seguido de cerca por Claudio. Y fue así que quedamos sentados uno al lado del otro, bajo la sombra de un enorme trompo de pastor.

En buena medida, porque Claudio seguía furioso con Cristóbal, pero también porque es difícil hablar en serio con el hocico enchilado, la que debía ser una comida de trabajo se transformó en una comida sin trabajo. Y en lugar de hablar de libros, tiros y estrategias, hablamos de literatura. Sobre todo de literatura gringa y latinoamericana (Aira y Foster Wallace, Zurita y Williams, Parra y Roth), que eran, por motivos distintos, dos de las literaturas que más le interesaban a Claudio.

Bolaño y Ellroy, Castellanos Moya y Berendt, Fresán y Rieff, Doctorow y Pitoll,

Caparrós y Eggers, Casas y Lethem: fue esa plática, de hecho, la que no terminó ese día, la que daría pie a lo que vendría, a todo aquello que aconteció después, tanto en el aspecto profesional como en el espacio de la amistad y del cariño: Claudio convenciéndome de dejar la editorial que él mismo dirigía y envalentonándome para que me dedicara a escribir; Claudio convertido en lector de mi primer libro de relatos, publicado por Sexto Piso, editorial a la que siempre le tuvo un aprecio especial; Claudio convenciéndome de cambiar de país cuando una relación implicaba eso.

Claudio abriéndome todas las puertas que pudo abrirme en su ciudad; Claudio celebrando el lanzamiento de mi primera novela —le parecía que le habían sobrado riesgos y le había hecho falta un editor, me diría años después—; Claudio enseñándome los mejores restaurantes mexicanos de Barcelona; Claudio colándome en su mundo emocional a pesar de lo celoso que era de este; Claudio sorprendido porque volví a buscarlo en un plano diferente al de la amistad; Claudio explicándome cómo

funcionaba la edición independiente y la de grupo en su país —pocos editores conocían estos universos como Claudio—; y Claudio proponiéndome —proponiéndole a mi agente de entonces, María Lynch— inscribir mi última novela al Premio Jaén.

Había renunciado a seguir publicando con Sexto Piso porque la editorial aún no iniciaba su aventura española, y yo, viviendo en Barcelona, buscaba una casa con fuerza local. Cuento esto porque fue así como aquella relación, que había sido profesional y solo después fue de amistad, se volvió profesional y de amistad a un mismo tiempo. Y porque fue entonces que empecé a comprender aquello que he tratado de contar aquí: tras ganar el Premio Jaén, Claudio se convirtió por primera vez en mi editor y yo me convertí en su autor. Y por primera vez tuvimos que aprender a compartimentar una relación que hasta entonces había tenido claros sus límites.

Y aunque al comienzo fue difícil, pronto comprendí que lo era solo para mí: él siempre tuvo claro que la clave, como bien intuye

Echevarría en estas páginas, era la complicidad. Una complicidad basada en los gustos literarios, en los chismes y en la risa y, sobre todo, en el respeto irrestricto a los territorios que sus burbujas deslindaban, y a las cuales sus autores éramos invitados de tanto en tanto. Y es que para hablar del trabajo del editor con el autor, hay que hablar, otra vez, de esas burbujas, de las burbujas de animal profesional en las que Claudio te metía.

Antes he dicho que, en el querer, las formas de Claudio elegían palabras como piedras; pues bien: en el trabajo, las maneras de Claudio elegían cuchillos. Hojas afiladas que te sorprendían en un espacio de intimidad y que no necesitaban mayor parafernalia del saber para ser terminantes. Como dice Echevarría que dice Didion: «Lo que los editores hacen por los escritores es algo misterioso, y en contra de lo que suele creerse, no tiene gran cosa que ver ni con títulos, ni con las frases, ni con los cambios».

Los tajos que las palabras de Claudio abrían estaban mucho más allá del trabajo so-

bre el texto, porque estaban, siempre, mucho antes del texto: sus primeros cortes venían cuando uno le hablaba de un libro que era apenas una idea; los segundos llegaban cuando uno estaba apenas ensayando el texto y, en lugar de mostrarlo, lo contaba; y los últimos te alcanzaban cuando el manuscrito se volvía eso: el primer manuscrito.

Todos los libros que trabajé con Claudio nacieron y se gestaron al interior de esas burbujas profesionales que, durante meses, eran más bien como vientres de alquiler. Y todo aquello que venía después, todo el trabajo que seguía —la escritura bruta, la lenta, la puesta a punto del manuscrito, su convertirse en libro— sucedía fuera de estas.

Y es que, otra vez, como dice Echevarría que dice Didion: el editor «era la persona que le daba al escritor la idea de sí mismo [...], la imagen del yo que permitía al escritor sentarse a solas para escribir».

Por supuesto, lo que venía después era aún más duro que haber sido expulsado de la burbuja y obligado a trabajar en soledad:

pasado un tiempo, que podía ser incluso algunos años, había que darle el libro a Claudio y esperar su veredicto.

De esta espera, de lo terrible y angustiante que llegaba a ser, he platicado con otros autores de Claudio, como también he platicado con ellos de cómo vivían el momento, el instante del veredicto. Obviamente, todos vivíamos esto de maneras diferentes y todos, quizá porque el mismo Claudio era así, buscábamos el trasfondo en los detalles.

Para mí, ese trasfondo estaba siempre, más que en las palabras —que para entonces ya no eran piedras ni cuchillos—, en la primera reacción, en el instante exacto en que nos encontrábamos; en el gesto, pues, con el que Claudio volvía a abrir su burbuja: por eso sé que *El cielo árido* y *No contar todo* le gustaron mucho más que *Las tierras arrasadas* y *La superficie más honda*.

Y es que cuando nos vimos para hablar de *Las tierras arrasadas*, Claudio llegó tarde, enojado y ansioso. Lo mismo sucedió cuando discutimos *La superficie más honda*: tras lle-

gar al restaurante, no despegó los ojos de su celular hasta pasados unos diez minutos. En cambio, cuando quedamos para hablar de *El cielo árido*, apenas verme en la calle aceleró el paso, me abrazó y gritó, riéndose: «El mero mero», que era el apodo de uno de los personajes del libro.

Lo mismo pasó cuando quedamos para hablar de *No contar todo*: entraba al hotel que él ocupaba en Cartagena cuando escuché que me gritaba desde las alturas y lo vi con los brazos abiertos: «Ni te muevas... No te muevas que bajo», aseveró, convirtiendo sus palabras en orden. Un par de minutos después, golpeándome los hombros, rugió: «Lo que va a decir tu padre». Hablando de Cartagena, un apunte: después de que Claudio se encargara de los puentes entre España y Latinoamérica, la selección de Bogotá³⁹ integró a catorce autores de su grupo; diez años antes, había seleccionado a dos.

En los cuatro libros que gesté con Claudio, todo el trabajo previo, así como el que vendría después, había sido el mismo. Lo distinto

fueron esos instantes que apenas he contado. Esos instantes y algo más: la «sorpresa». Y es que Claudio, cuando un libro le entusiasmaba —de esto también he hablado con otros autores— se guardaba una sorpresita, una broma íntima y secreta que era, que funcionaba como sello en el pasaporte que uno utilizaba para pasar de su burbuja al mundo y de este a aquella.

Cuando se publicó *El cielo árido*, en cuya portada habíamos trabajado como locos —esto también lo dice Echevarría mucho mejor: Claudio disfrutaba todas las partes de su labor, como gozaba que el efecto que antes tenía la crítica se hubiera trasladado a las redes sociales—, el perro que aparece en la misma, cuyo salto no lo convencía, apareció con las patas cortadas: «Vaya error, Emi», me dijo sonriendo.

Luego, cuando se publicó *No contar todo* en España, cuya portada mexicana me encantaba, por sobria y porque había logrado convencer a todos de que una portada en blanco y negro no era una locura, descubrí, en el

hotel, que mi libro se había vuelto de colores. Claudio, para entonces, ya no estaba: había fallecido un par de meses antes.

Pero ahí estaba su sorpresa. «¿Por qué chingados le pusieron colores... y además estos de mierda?», le pregunté a la encargada de la prensa del libro apenas llegó al hotel. «Los escogió Claudio... justo antes de irse a imprenta».

Obviamente, ante aquellas palabras, no supe qué decir ni qué entender. Un par de días después, sin embargo, al subirme al tren que debía llevarme de Madrid a Barcelona, apenas poner el libro encima de la mesa, lo entendí.

Así era Claudio: mi libro tenía los colores exactos de las servilletas de Renfe. «¿Qué putada, no, Emi?»

Y así fue como viajé, por última vez, en su burbuja.

EMILIANO MONGE

Ignacio Echevarría

Ignacio Echevarría (Barcelona, 1960) es editor y crítico literario. Estudió Filología Hispánica y, desde 1990, es editor y articulista *freelance*. Actualmente escribe «Mínima molestia», una columna sobre edición y literatura en el semanario *El Cultural* de *El Mundo*, y es coeditor, junto con Gonzalo Torné, de la sección «El Ministerio» en la revista digital *CTXT*. Practica el oficio de editor en su acepción más artesanal: el cuidado de los manuscritos. Con más de tres décadas en medios culturales y la industria del libro, es un ávido pensador del mundo editorial, sus procesos y evolución.

En los noventa participó en la gran aventura cultural emprendida por Hans Meinke al frente de Círculo de Lectores, un club de libros que llegó a contar con más de un millón de socios. Allí desarrolló ambiciosos proyectos como la Biblioteca Universal, que contó con una brillante constelación de directores de colección (como Carlos Fuentes, Mario Vargas Llosa y Fernando Savater), o la línea de obras completas Opera Mundi, en la que él mismo se ocupó de la edición de las obras completas de autores como Franz Kafka, Elias Canetti, Juan Carlos Onetti y Nicanor Parra. Amigo de Roberto Bolaño, se encargó de la publicación de sus primeros libros póstumos, y ha editado también la obra de autores como Juan Benet y Rafael Sánchez Ferlosio.

Como crítico literario, colaboró durante catorce años en *Babelia*, el suplemento cultural de *El País*. Esas críticas y reseñas fueron parcialmente recogidas en los libros *Trayecto. Un recorrido crítico por la reciente narrativa española y Desvíos. Un recorrido crítico por la reciente narrativa latinoamericana*.

En estas páginas escribe sobre el editor Claudio López Lamadrid, colega y amigo. A lo largo de varias décadas, ambos coincidieron en diversos proyectos editoriales, aunque después cada uno siguió caminos separados. «Él acabó metido en la parte más ejecutiva de la edición y yo me quedé en la parte más artesanal», comentó Echevarría al referirse a sus distintos papeles en una misma industria. Mientras uno sumaba autores, el otro se sumergía meticulosamente en las profundidades de un texto. Mientras uno publicaba novelas, el otro las criticaba. Ambos con un rigor que parece atenuarse en el mercado actual.

López Lamadrid alguna vez dijo: «Ignacio Echevarría es, aparte de mi amigo del alma, *il miglior fabbro* [el mejor forjador], que decía Dante. Es una persona de penetrante inteligencia, un estupendo crítico literario y el mejor técnico editor que yo haya conocido». Este ensayo es un testimonio de esa amistad y una reflexión del oficio frente al mundo contemporáneo, visto a través de dos vidas paralelas unidas por los libros.

Emiliano Monge

Emiliano Monge (Ciudad de México, 1978) es escritor y editor. Su prosa ahonda en la violencia como personaje, los paisajes errantes y los sucesos brutales, con una especial atención al estilo literario, en donde destaca el ritmo y la oralidad. Es una de las voces contemporáneas de la literatura mexicana: su narrativa es descrita por *El País* como heredera de Cormac McCarthy y James Joyce. También es parte de la selección Bogotá39-2017, una lista que propuso a los escritores latinoamericanos menores de 39 años más prometedores.

La obra de Monge se concentra sobre todo en el relato y la novela. Ha publicado los libros *Arrastrar esa sombra*, *Morirse de memoria*, *El cielo árido* (XXVIII Premio Jaén de Novela), *Las tierras arrasadas* (IX Premio Iberoamericano de Novela Elena Poniatowska), *La superficie más honda* y *No contar todo* —su primer título de no ficción, en el que explora la hibridación de géneros. También escribió el libro infantil *Los insectos invisibles*. A través de la literatura, Monge ha construido una radiografía de México con un lenguaje sumamente lírico: una colección de historias con acertada cadencia, en donde la forma y el fondo buscan nuevas formas de narración —en especial en sus últimos cuatro libros, editados por Claudio López Lamadrid, que fueron publicados por Penguin Random House en español entre 2012 y 2018. Sobre esos libros, Monge dijo: «han marcado, en mi trabajo, un cambio mayor, una evolución más clara, un giro brusco. Y esto Claudio lo supo antes que yo y decidió acompañarme mientras daba esos saltos».

UNA VOCACIÓN DE EDITOR

© Taller Editorial Gris Tormenta, 2020
Guerrero Sur 34, Centro Histórico
76000, Querétaro, México
gristormenta.com

© Ignacio Echevarría, 2020
© Emiliano Monge, 2020

Edición: Mauricio Sánchez, Jacobo Zanella
Coordinación y diseño: Jacobo Zanella
Asistencia editorial: Luis Bernal, Germán Vázquez

ISBN 978-607-97866-8-7

Impreso en México / *Printed in México*

Prohibida la reproducción parcial o total sin
permiso escrito de los editores. Todos los derechos
reservados.

Esta primera edición se terminó de imprimir y
encuadernar el 24 de septiembre de 2020 en los
talleres de Litografía Ingramex en la Ciudad de
México. El tiraje fue de mil ejemplares.

Este libro se realizó con apoyo del Fonca
(Sistema de apoyos a la creación y a proyectos
culturales) a través del Programa de Fomento
a Proyectos y Coinversiones Culturales 2019.

OTROS TÍTULOS EN LA COLECCIÓN EDITOR

Perder el Nobel

Laura Esther Wolfson

Una historia sobre la fuerza de la literatura rusa, el oficio de la traducción y el significado de la pérdida. Y una gran introducción a Svetlana Alexiévich, Nobel de Literatura.

Traducción y prólogo de Marta Rebón.

Terminé las páginas y las dejé a un lado. Cuando volví a ellas unos días más tarde, me sentí desconcertada: ¿Qué le había hecho a Svetlana? Todo en mi interpretación era correcto, pero nada estaba bien.

Una mujer se sienta a reflexionar sobre todo lo que ha vivido. En busca de la distancia correcta para darle un gran sentido, adopta un tono de voz que refleja profusamente todo lo que sucedió. Esta voz vive en la mente del lector mucho después de la última página. — *Vivian Gornick*

El Notting Hill Editions Essay Prize es el premio de no ficción más generoso del mundo. Los ganadores son elegidos por su originalidad, estilo literario y, sobre todo, su capacidad de persuadir. «Perder el Nobel» habla sobre perder la oportunidad de traducir a una escritora ganadora del Nobel. — *Notting Hill Editions*

ISBN 978-607-97866-3-2

Lee un extracto y encuentra más detalles en:
www.gristormenta.com/pen

OTROS TÍTULOS EN LA COLECCIÓN EDITOR

Las posesiones

Thomas Bernhard

Dos historias sobre la vida material de un escritor, sus manías y extravagancias, los premios inesperados y su postura literaria ante la vida.

Traducción de Miguel Sáenz y prólogo de Andrés Barba.

No fue el premio mismo el que me salvó de mi catástrofe anímica, incluso existencial, sino el pensamiento de poder enderezar mi vida con el premio de diez mil marcos, darle un giro radical, volver a hacerla posible.

Cada año deseo que Bernhard estuviera vivo. En un mundo ideal, las mejores revistas le pagarían para asistir a las entregas de premios por todo el mundo, permitiéndole artículos muy extensos en donde pudiera dar rienda suelta a su distintiva mezcla de misantropía, injuria, mordacidad y cólera en párrafos infinitos. «Todo es malo y lamentable. No hay nada excepto fracaso», escribió alguna vez. — *Dan Piepenbring*

De todos los textos que he leído de Bernhard, y les aseguro que no son pocos, creo que estos son los que más me han hecho reír. — *Andrés Barba*, en el prólogo

ISBN 978-607-97866-4-9

Lee un extracto y encuentra más detalles en:
www.gristormenta.com/ps

CLAUDIO LÓPEZ LAMADRID

(Barcelona, 1960-2019) fue un editor que trabajó más de cuarenta años en la industria del libro. Después de ejercer su labor editorial en diversas editoriales hispanoamericanas, dirigió la división literaria del grupo Penguin Random House en español. Su quehacer acercó la literatura a los lectores de ambos lados del Atlántico: consolidó autores con trayectoria y descubrió nuevas voces. Aun como editor de un conglomerado comercial del siglo XXI, mantuvo una visión personal del oficio: fue devoto de la literatura de calidad, cercano a sus autores e interesado en impulsar a escritores de España y Latinoamérica más allá de las respectivas mesas de novedades en librerías.

López Lamadrid supo navegar el océano mercantil sin sacrificar la literatura. Usando las plataformas de los sellos, propició un intercambio cultural en el que se han publicado decenas de autores, entre ellos Nona Fernández, César Aira, Fernanda Melchor, Samanta Schweblin, Raúl Zurita, Cormac McCarthy, David Foster Wallace, Joan Didion, Svetlana Alexiévich y J. M. Coetzee. Atravesando fronteras, un cambio de siglo y cientos de títulos, fue un editor que renovó la máquina de hacer libros en español.

¿Cómo se convierte alguien en editor? ¿Qué sucede en la cúspide de su oficio? Entre el ensayo y la memoria, Ignacio Echevarría ofrece una evocación panorámica y reflexiva de Claudio López Lamadrid (1960-2019) como el prescriptor que representa el modelo más plausible de editor en el siglo XXI.

Claudio sí me exigió: me pidió y me permitió que escribiera libros que de otro modo no me habría atrevido a escribir.

—Rodrigo Fresán

Podía cruzar el Atlántico por un día para acudir a la presentación de un autor suyo. . . . Solo por haber editado a Foster Wallace, para mí ya era un héroe. —Leila Guerriero

La fuerza de su personalidad y el éxito de su ejemplo humanizaron con creces el rostro de la edición de los grandes grupos en nuestro idioma. . . . Decía que el de editor es el mejor oficio del mundo, y tenía razón. —Miguel Aguilar

Un editor tiene que defender sus elecciones, porque en un futuro muy cercano, el editor ocupará el lugar que hasta ahora ocupaban las marcas de referencia. —Claudio López Lamadrid

La colección Editor explora los procesos, largos e inesperados, que existen antes de que un libro sea abierto por un lector. Memorias y ensayos sobre las grandes ideas que suceden en el *backstage* literario: creación, traducción, crítica y edición.

TALLER EDITORIAL
GRIS TORMENTA 2020
COLECCIÓN EDITOR 3

gristormenta.com

ISBN 978-607-97866-8-7



CULTURA  **FONCA**
SECRETARÍA DE CULTURA